
CIENCIA, OPINIÓN PÚBLICA Y DEMOCRACIA

JUAN ERNESTO CALDERÓN¹
FLAVIA MORALES²

Cuando recibimos el correo electrónico de *Ludus Vitalis* con la propuesta de enviar algunas reflexiones a este foro sentimos inmediatamente el reto de la tarea. Fueron varias horas frente a la pantalla de la computadora pensando cómo abordar las dos preguntas básicas que servían de disparador: “¿Están los ciudadanos en condiciones de incorporar el espíritu científico (el compromiso con el conocimiento, el régimen de objetividad, atender a lo que no es obvio, etc.) en sus deliberaciones públicas? ¿Es ello requisito necesario para la democracia?” Entendimos que debíamos empezar por la segunda pregunta porque sólo si es un requisito necesario la incorporación del espíritu científico, entonces tendrá sentido indagar si los ciudadanos están en condiciones de hacerlo.

Partimos de dos premisas. La primera es que no podemos pensar en forma separada el llamado ‘espíritu científico’ de la ciencia. La segunda es que en nuestro mundo la ciencia y el saber científico nos constituyen de manera radical. Pensemos en todos los artefactos que nos rodean y nos hacen ser y actuar de una manera; en las nuevas tecnologías de la comunicación que han creado formas diferentes de relacionarnos y de interactuar. Al momento de vivir en comunidad la presencia de la ciencia nos plantea una serie de desafíos, porque no se trata ya de meros artefactos sino de vínculos que se reconstruyen en prácticas sociales en las que se juega la nueva vida y las nuevas formas de ejercer la ciudadanía.

Estos cambios que impone la ciencia generan siempre movimientos de resistencia. Estos movimientos pueden explicarse por “razones” y argumentos que señalan las falencias o peligros de la ciencia. Uno de estos movimientos parte de la premisa de que la acción humana y la democracia responden a cánones distintos de la ciencia y de que aplicar ésta a aquélla es una ampliación impropia. Según esta concepción, el modelo “científico-tecnológico del pensar”, nos condujo a una reducción de lo humano y a una visión unidimensional del hombre (Horkheimer, 1967).

Según sus críticos, el modelo científico tecnológico hace eclosión en la Segunda Guerra Mundial. Esta fecha es la bisagra que marca la culminación de la modernidad y el inicio de la llamada “posmodernidad”. Los

Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Filosofía.
Mendoza, Argentina. / jecalderon99@yahoo.com.ar

horrores que vivió la humanidad hicieron que se abandonaran los proyectos, las utopías y los grandes relatos. El hombre, desencantado y abatido, se refugia en la soledad del narcisismo consumista (Lipovestky, 2000).

La crítica posmoderna es certera para las formas que intentaron hacer de la ciencia un dogma incuestionado de progreso y bienestar. Sin embargo, dicha crítica no toca el espíritu científico entendido como una lucha permanente contra el dogmatismo, sin importar su origen. Así caracterizado, el espíritu científico es lo contrario a la objeción señalada. Además, esta crítica comete otro error al darle a la posmodernidad una entidad que no tiene. Se consideró que la posmodernidad era una nueva etapa histórica cuando en realidad no es más que una variante del escepticismo. En la medida en que es una variante del éste es útil para purgar y poner en cuestión lo que parece inmutable. Pero como el escepticismo se queda en la mera destrucción deja el camino libre para la arbitrariedad y la sinrazón.

Con todo, la ciencia y el cambio están. Si la ciencia no se la asimila y asume, el uso de la misma queda liberado al arbitrio de la irracionalidad y el dogmatismo. Por esto la respuesta no es rechazar el espíritu científico sino incorporarlo. El espíritu científico sirve para formar ciudadanos críticos, ciudadanos que sepan oponerse con fundamento a lo dado y desarrolla o sostiene una actitud de observación sobre el mundo. Esta actitud es necesaria para poder tomar decisiones que involucran a toda una comunidad, permitiendo la apertura de la pregunta y del diálogo como base para cualquier vínculo sociopolítico. La democracia, en tanto forma de vida, se sostiene en la autonomía de los sujetos, en sus capacidades de discernimiento, de diálogo y argumentación. Así, si bien la democracia representativa es el sistema político que predomina en el mundo occidental, la crisis de los actores que se arrogan la representación hace que la opinión pública sea un tema trascendente. La incorporación del espíritu científico y la formación de la opinión pública son requisitos necesarios para una verdadera democracia. El adjetivo "verdadera" en este caso hace referencia a una democracia que se define por la participación activa de sus ciudadanos en los debates y en la toma de decisiones. En las falsas democracias no hay debate ni participación porque sólo se mantiene la forma.

Los movimientos que atentan contra la democracia están enraizados en pensamientos fundamentalistas que niegan el espíritu científico. Si tomamos el ejemplo más violento el del *ISIS* vemos que radican en la más rancia tradición anticientífica y dogmática. También, aunque no con el mismo grado de violencia, algunos movimientos antiglobalización e inclusive partidos políticos de la más diversa especie ideológica abrevan en las mismas ideas. Estos movimientos van de la mano con el miedo natural a los cambios, a lo nuevo y desconocido que la ciencia y la tecnología generan día a día. Los cambios en el mundo del trabajo están produciendo

la obsolescencia vertiginosa de los saberes y de las instituciones. La educación está en crisis porque no puede ofrecer respuestas con la velocidad necesaria. Las instituciones van detrás de un mundo en permanente cambio. El Estado, institución nacida para cobijarnos y ampararnos, aparece como convidado de piedra frente a los movimientos globales. El derecho aparece condenado a ser un digesto de nombres dados a situaciones que ya han sido superadas. Estos hechos generan miedo y con ello la tentación de echarle la culpa a la ciencia.

Sobre esta base, ¿cuál es la relación entre estos tres elementos básicos: ciencia, opinión pública y democracia?, ¿habrá alguna forma de relación que permita fundamentar la democracia representativa actual? De acuerdo con Jürgen Habermas (1986) hay tres modelos teóricos para abordar esta relación.

El primero es el *modelo decisionista*. En este modelo el científico asesora al político, pero la decisión es en el fondo irracional. El político sólo usa el saber científico para imponer su voluntad. Este ejercicio de la voluntad nada tiene que ver con el espíritu científico. Por ello, este modelo no deja lugar para una discusión racional. La democracia y la opinión pública son sólo nombres vacíos que se usan para encubrir la voluntad del que toma la decisión.

Frente a la irracionalidad de las decisiones sostenidas por el modelo anterior, el *modelo tecnocrático* pretende la total racionalización del ejercicio del poder. La relación saber científico-práctica política se invierte. No es la voluntad del político la que decide porque las decisiones las toma el especialista, tornando la actividad del político mera ficción. Este modelo parte en el fondo de una idea dogmática del saber científico. Si las decisiones se toman siguiendo el dogma de la ciencia, entonces caemos nuevamente en el modelo decisionista, porque hay decisiones que dependerán exclusivamente de la voluntad del especialista y no de una discusión racional y abierta como propone el espíritu científico. La ciencia es sólo un instrumento y la democracia y la opinión pública términos vacíos de contenido. Por esta razón, el modelo decisionista y el modelo tecnocrático llevan a un decisionismo ampliado.

El tercer modelo, el *modelo pragmatista*, propone no una relación de subordinación entre política y ciencia sino, una interrelación entre ambas, "de forma que por un lado los científicos asesoran a los políticos y, por el otro, éstos hagan encargos a científicos para atender a las necesidades de la práctica" (Habermas, 1986, p. 138). Este punto es crucial para el autor en la medida en que es, precisamente, la necesidad de una adecuada traducción de los avances científicos a la esfera de la opinión pública lo que permite la avifización de la política. Sólo la completa información de la opinión pública, mediante la traducción a un lenguaje compartido por

todos los integrantes de la comunidad hace posible una verdadera democracia, a la cual está referida, en forma necesaria, este modelo.

Ahora que hemos reconocido que el espíritu científico es necesario para la democracia, nos resta ahora indagar si los ciudadanos están en condiciones de incorporarlo. Aquí aparecen nuevamente las razones y los miedos. Más arriba señalamos que la educación sufre una gran crisis por los permanentes cambios. Esta inestabilidad es una razón para entender el porqué de la dificultad en incorporar el espíritu científico y también el miedo que conlleva el tener que vérsela permanentemente con lo desconocido. Sin embargo, no hacerlo es dejarlo al arbitrio de lo irracional. Es, en definitiva, negarnos la autonomía. Esto aparece claro en nuestros días. Se ha demostrado que el peligro para la democracia no es la modernidad o el espíritu científico sino el espíritu premoderno o precientífico.

Hoy más que nunca el desafío de Kant está vigente. Para Kant (1784), los ciudadanos necesitan la incorporación del espíritu científico porque el devenir histórico ha dado cuenta de que son la ciencia y la actitud científica las que han permitido a las sociedades cuestionar los órdenes establecidos. Es cierto que en estos tiempos en los cuales la negación de la razón se muestra cruelmente en nuestro mundo, recuperar los ideales ilustrados puede sonar utópico. Aun así, el camino de sumirnos en la sombra de la sinrazón es un retroceso que no podemos permitirnos. El espíritu científico es la forma en la cual el hombre va a poder asimilar la democracia y sólo en ésta donde tiene cabida el espíritu científico. Aquí se da una relación circular entre ciencia, opinión pública y democracia. Esa relación no es viciosa sino virtuosa porque es la única manera en que el ciudadano sea consciente de su poder y sepa cómo ejercerlo en forma responsable con los demás.

NOTAS

- 1 Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Filosofía. Mendoza, Argentina. Último artículo publicado en *Ludus Vitalis*: "The hypothetical-deductive method and the inference to the best explanation: the case of the theory of natural selection". vol XXIII, num. 45, 2016.
- 2 Instituto de Formación Docente, San Luis, Argentina.

REFERENCIAS

- Habermas, J. (1986), "Política científizada y opinión pública", en *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.
- Horkheimer, M. (1967), *Crítica a la razón instrumental*. http://www.oli-mon.org/uan/horkheimer-critica_de_la_razon_instrumental.pdf
- Kant, I. (1784), "¿Qué es la Ilustración?", en <http://pioneros.puj.edu.co/lecturas/interesados/QUE%20ES%20LA%20ILUSTRACION.pdf>
- Lipovetzky, G. (2000), *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.